

—Años despues de servir para tan nobles objetos, se convirtió en casa de Estado.”

—El edificio, me dijo Joaquin despues de concluir la lectura, es aquel de la calle de San Luis, entre Chartres y Real.

—Ya recuerdo: grandioso, con las puertas cerradas y con muchos negros en la banquetta.

—El mismo.

—¿Sabe vd., Joaquin, que entre esos hombres que reformaron la Constitución, los hay muy recomendables?

—Ya se ve que sí. Grimes, por ejemplo, era un abogado distinguido, un patriota eminente, que se alistó como voluntario en 1815, y como ayudante de Jackson prestó servicios á la patria con las armas en la mano; por último, fué uno de los más elocuentes oradores de la Union.

—Curtis tambien era hombre superior, y basta leer cualquiera de sus obras para cerciorarse que era muy digno de figurar en aquella notable asamblea.

—Yo con quien tuve buenas relaciones de la manera más casual, fué con M. Pierre Soulé, frances de origen, y uno de los hombres más simpáticos que he tratado en mi vida. Si no fuera tan tarde, yo le contaria á vd. algo de Soulé.

—Venga el párrafo, dijo Joaquin, y ocupando cada uno de nosotros dos sillas, es decir, medio tendidos en una y apoyando el brazo y parte de la espalda en otra, así comencé mi narracion.

—Dábase sus verdes en el Abril de sus días el año de 1859: una comision del gobierno, unida á mi reconocido miedo al vómito, me habia hecho atravesar la playa y trabar conocimiento con el puerto de Alvarado, en donde encontré á Hernandez y Hernandez Pancho, de viaje para el otro mun-

do por causa de una fiebre que le dejó sin cara en que per-signarse.

En un falucho incómodo y movedizo como una anguila, pero amplio y capaz, emprendí mi viaje para Tlacotalpam, donde la familia Ituarte, Carballo, Celeski y un clérigo distinguidísimo discípulo de D. Alberto Lista, me dieron dias muy agradables.

La tripulacion de nuestra canoa pretensiosa, era de gente pobre, es decir, jarochos disputadores y despiertos, de pantalón blanco, banda encarnada y sombrerillo de paja; y jaro-chitas de enagua ampona, mascada escarlata, rebozo terciado al desgaire y cachirulo empinado con piedras y per-las falsas. No faltaban sus comerciantes llenos de desenfao, con sus tabaquillos del grueso de una tranca, llevando al hombro las chaquetas para que se dijese que iba allí gente decente. Entre esos comerciantes iba uno de la casa de mi amigo Carlin, muy afecto á la contesta formal y á los versos.

En la popa del falucho, dándome la espalda y con la vista al claro de mar que se percibia á lo léjos, se destacaba un bulto negro, ó más bien dicho, iba un hombre embozado en una amplísima capa, cosa rarísima por aquellos lugares, con un sombrero de ala ancha que caia sobre los bucles de un ca-bello de ébano, que se mecian sobre sus hombros.

Vd. no conoce al Teloloapam; es el rio amplio y crista-lino, limitan su horizonte espesas arboledas y cortinajes de yerba, que cuelgan de las ramas de los árboles y forman ca-prichosos cortinajes.

Entre los muros de verdura de las orillas y entre el rama-je de las flores acuáticas, se ven parvadas de blancas garzas y multitud de aves: como zafiros, topacios, jacintos y dia-

mantes, vuelan los insectos, despidiendo entre el follaje relámpagos de luz. . . . en los recodos que forma el rio, se albergan por millares las chachalacas, que aturden con sus gritos y remedan tumultuosas las voces humanas y en las noches, de entre aquellos macizos de sombra, de aquellas ramas y de aquellas aguas, saltan en explosion, se extienden y derraman millares de luciérnagas que forman remolinos de partículas de luz, de luceros, entre las que parece nadar el cocuyo, cuya luz fosfórica, tendiéndose en la superficie, hace como si fueran las aguas, vertientes de nítidas estrellas.

Eran las últimas horas de la tarde; la luz realizaba como un fondo ó una plancha de oro espléndida; el ramaje de los árboles se distinguia, produciendo esos abismos de brillo, esas irradiaciones caprichosas, esos columpios de llama, esos calados de hojas y reverberaciones que se ven y que desesperan porque no se pueden explicar, como si Dios nos dijera: "Esta revelacion sublime de mi existencia, esta intimidad entre lo que yo produzco y tu alma siente, guárdala tú solo en tu corazon."

Yo contemplaba absorto aquel cuadro, y al bulto negro sin duda le llamó tambien la atencion, porque le ví que se puso de pié dando su frente al Ocaso, y marcándose su figura como rodeada de luz, como en un marco de oro.

Entonces contemplé su fisonomía, que revelaba de luego á luego al hombre extraordinario. Era aquel rostro la fusion de los tipos de Mirabeau y de Danton, pero embellecidos y como dulcificados por una mirada que encerraba todas las tempestades, entre los destellos de los afectos generosos.

Atlético, moreno, con el pelo dividido en la medianía de la anchurosa frente, cayendo sedoso en negros rizos sobre

sus hombros, ojos negros que abria iluminando y que cerraba como sujetándonos y poniéndonos á su discrecion, como el puño de una mano de hierro.

Sin cuidarse mucho del personaje que á mi tanto me preocupaba, uno de nuestros amigos me suplicó leyese unos versos que habia recitado en Veracruz en la casa de mi querido amigo Dr. German Brendt, alusivos á las desdichas de mi patria.

Leia mis versos con cierta emocion, por las circunstancias que me rodeaban, y no sé si con cierta vanidad, para que me escuchase el extranjero, aunque tenia mis dudas de que supiese castellano. De pronto, é interrumpiendo mi lectura, dijo el desconocido: "*Más despacio*," con marcado acento frances; yo obedecí sin réplica, y él se volvió hácia mí, oyendo con suma atencion: cuando terminé mi lectura, los amigos palmotearon, y él, de pié como estaba, se inclinó y me abrazó la cabeza con profunda emocion.

El personaje no era otro que Mr. Pierre Soulé, una de las figuras más prominentes entre los hombres de los Estados-Unidos.

Nacido en Francia en 1800, en muy temprana edad se dió á conocer en el foro y se abrió paso en la prensa redactando el *Enano Amarillo*; perseguido y multado por el gobierno frances, emigró á Puerto Príncipe, donde cobró viva aficion por Cuba y la causa de sus libertades.

Partió de Puerto Príncipe para Orleans en el mismo buquecillo de vela que conducia á otro muchacho aventurero que se dirigió á México, y andando los tiempos fué el general D. Adrian Woll.

En Orleans, sin relaciones, sin recursos, sin el más ligero

conocimiento del idioma, pero dotado de indomable energía de carácter, se metió de jardinero en un convento y salió de allí poseyendo admirablemente el idioma de Shakspeare, aunque conservaba siempre el acento frances.

En medio de las agitaciones que sufría la Luisiana, se hizo oír su voz elocuentísima, fijó la atención pública, y en brazos del favor popular fué conducido á la legislatura primero, y despues al Congreso de la Union.

Venciendo en audacia al yankee, su palabra era temeraria en ciertas ocasiones. Vindicando á López por la expedicion de Cuba, dijo que López habia hecho más que Washington; pero que ellos no le admiraban porque eran los serviles adoradores del Dios Exito.

¿Cómo no contar con su corazon generoso, la causa de Cuba? ¿cómo no reverberar en su alma la gran doctrina de la autonomía de los pueblos? ¿qué mayores seducciones puede tener el derecho que tratar del conjunto de las libertades del hombre?

Los representantes de la causa de Cuba, como Santacilia; los mexicanos Uruga y Trias; los aventureros como Wolker, eran de la tertulia de Soulé y éste no perdía ocasion de mostrar sus simpatías á la causa de Cuba y de México.

Cuando la célebre expedicion del *Marqués de la Habana*, se escuchó la voz de Soulé en defensa de nuestra patria.

Soulé iba á San Andrés Tuxtla á la casa de M. Próspero Legrand, á donde yo me dirigía.

Viviamos juntos, recibiendo ambos la generosa hospitalidad de la familia Legrand, que se empeñaba en hacernos comprender que recibia favor con servirnos y mimarnos.

¡Cómo ha quedado en mi memoria grabado aquel carác-

ter noble! ¡qué grandeza de alma! ¡qué riqueza de erudicion! ¡qué espontaneidad de elocuencia!

Habia un punto en que siempre estábamos en desacuerdo y que era una verdadera mancha en el sol de su inteligencia: los negros! El decia que lo mejor á que podia llegar un negro era á ser esclavo de un blanco; por supuesto yo me sublevaba contra la blasfemia social, y Gabrielita, una preciosa niña de Legrand, de ocho á nueve años, venia á ponernos en paz con sus chistes y monerías infantiles.

A la espalda de la casa de M. Legrand hay un amplio corredor que da á un pequeño, pero primoroso jardín.

En ese corredor, frente á una mesita en que se nos servia café, pasábamos las horas de la noche, unas veces acompañados de la familia y otras solos.

En una de esas noches tibias, aromáticas, apasionadas y sentimentales de la costa, hablé á Soulé de su ruidoso lance como embajador de los Estados-Unidos en Madrid; nombramiento debido al esfuerzo de los cubanos, entre los que descollaba por sus talentos é importancia Pedro Santacilia.

La luna brillaba apacible; el aire embalsamado corria fresco como vertiéndose en la atmósfera ardiente; á lo léjos se escuchaba la imponente respiracion del mar.

Soulé hablaba: "En Madrid disfruté grandes satisfacciones; llevaba en mi cabeza mil proyectos; me sonreía y me apasionaba la idea de contribuir á la independenciam de Cuba. Cuba se me aparecia como una hermosísima cautiva, tendiendo á mí sus brazos y pidiéndome su libertad.

Entre las muchas tertulias á que fuí invitado, ninguna me pareció más espléndida que la dada en la casa del Baron Turgot.

El lujo, la concurrencia selecta y los accesorios del festin espléndido, correspondian al alto renombre del nieto del gran financiero frances.

Me presenté al baile con mi familia, compuesta de mi esposa y de mi hijo, que tendria entónces veinticuatro años. Ibamos vestidos á la rigurosa moda americana, corregida por los recuerdos de nuestra educacion europea.

A los pocos momentos de estar en el baile, corrió en la opulentísima estancia algo de siniestro, un estremecimiento eléctrico, los rostros vueltos á una de las puertas me advirtieron que algo pasaba: detrás de la espesa fila de cabezas, tocados y plumas que cegaba la puerta, ví atravesar precipitadamente á mi hijo con mi señora del brazo.

Apartando la concurrencia, los seguí veloz, entré con ellos en un coche y en casa me informé que al pasar bailando mi señora frente al duque de Alba, le habia ridiculizado su tocado, y habia habido risas que cayeron como una saliva en el rostro de mi hijo.

Nos dirigimos yo al baron Turgot y mi hijo al duque, pidiendo imperiosamente una reparacion del ultraje; propusieron medios de transaccion y avenimiento; se interesó lo más florido de la corte en la reconciliacion; todo fué en vano: el orgullo lastimado ciega; las injurias hechas á las personas que amamos, nos hieren en lo más vivo; nos parece que el que se degrada á ofender á nuestra señora, es fuerza que lo veamos de rodillas ó muerto á nuestros piés.

Ajustáronse los dos duelos á la vez: el mio deberia ser á la pistola, el de mi hijo á la espada: propusieronme la distancia de cuarenta pasos; yo expuse que aquello era demasiado

cobarde; es decir, añadí, muy cobarde; yo soy americano: será á veinte pasos. Y así se estipuló.

Durante los arreglos de este duelo, como si hubiese sido convenido, evitamos mi hijo y yo toda explicacion; pero las conversaciones, aunque revestidas de indiferencia, vibraban de emocion, no por el peligro, sino por la identidad de situaciones: álguien habria querido dar al otro testimonio de ternura, y ambos nos retraiamos sufriendo agonías indecibles.

Al llegar frente á nuestros adversarios, la suerte nos designó á M. Turgot y á mí; nuestros padrinos suplicaron muy cortesmente á mi hijo no presenciase aquella escena. . . . se apartó mi hijo de aquel lugar á un signo; pero se volvió involuntariamente y hubo no sé qué de atraccion en nuestros cuerpos. . . . yo no sé que escena muda se verificó. . . . que hubo un movimiento general como para reponerse cada quien, sin mostrarla, de aquella protesta de la naturaleza ultrajada.

Ya sabe vd. el resultado con el noble, con el valiente Barón: heríle gravemente en una pierna, le ví caer, acudieron los cirujanos. . . un coche lo desapareció de nuestros ojos. . . aunque al lado de mi adversario me llevaban mis instintos, el duelo de mi hijo me preocupaba hondamente.

Ideas que no habian asaltado mi mente, exageraciones de peligros, que al tratarse de mí, ni siquiera habia sospechado, duda sobre la destreza en la espada del que tanto se exponia por la honra de la madre, reproches á mí de no haber asumido los dos lances, todo me asaltó, y me sentia rendido, y era mi suplicio terrible, y mi dolor, sobre todos los dolores que un hombre puede sufrir.

Estaba pegado á un árbol cuyas ramas me cubrían; entre las hojas, ya presentándose claros los objetos, ya medio cubiertos y confusos, seguía las peripecias de la lucha. . . . si el árbol hubiese presentado una superficie como el papel ó el lienzo, en él hubiera quedado esculpida mi figura. . . . vertían mis poros mi vida atormentada. . . .

Terminó aquel duelo sin consecuencias serias. . . . yo me sentí viejo al separarme de aquel sitio. . . . y el recuerdo de este duelo pasa sombrío en mi alma. . . . como si no fuese mía la justicia. . . .”

En esta narracion que presento, no solo descarnada y fria, sino con mil inexactitudes por los muchos años que han transcurrido, conocí la fascinadora, la omnipotente elocuencia de Soulé: el comenzar de su discurso era frio, no hallaba las frases adecuadas por la costumbre que tenia de hablar en inglés: pero una vez poseído de su objeto, una vez imperando altivo su corazón, una vez subyugado por su inspiracion poderosa, se comprendía su poder mágico sobre las masas, y el peso de su palabra en las altas cuestiones á que consagraba su talento.

Alcalde se levantó silencioso de su asiento, y desapareció de mi cuarto.



IV

La cuestion del Sur.—M. de Gayarré.—Xarifa.

REVUELTOS andaban los ánimos de los *politiqueros* en cuanto á la cuestion del gobierno de la Luisiana y nombramiento de empleados subalternos.

Los adoradores del buen sentido práctico de los yankees, sonaban palmas arrodillados ante el Dios Exito, y á mí, por lo mismo que no me importaba la cosa, hacia cada berrinche por los atropellos de la ley, que me acalabraba.

Para dar idea de la situacion política que guardaba la Luisiana en los dias en que nosotros nos hallábamos en Orleans, copio en seguida los párrafos de una carta en que un respetable y sabio amigo hablaba de estos asuntos á un corresponsal de México:

“Al celebrarse en los Estados- Unidos las elecciones presidenciales de 1876, el candidato de los republicanos era